

El traje

LOS ORÍGENES Y LA EVOLUCIÓN

LOS ORÍGENES

Si admitimos que la indumentaria corresponde al hecho de cubrirse el cuerpo y el traje es el resultado de la elección de un vestido con una forma determinada y para un uso concreto, ¿podemos deducir de ello que la indumentaria es ante todo el resultado producido por condiciones materiales —clima, salud, por una parte, y producción textil, por otra—, mientras que el traje corresponde a condiciones mentales como la creencia religiosa, magia, estética, situación social, diferenciación de razas, gusto de la imitación? ¿Debemos tener en cuenta un proceso de aparición que clasificara el traje antes de la indumentaria o a ésta antes del traje?

Este último punto ha suscitado opiniones opuestas. Los griegos y los chinos han creído que la causa primordial de cubrirse el cuerpo era física, sobre todo para protegerse contra las inclemencias climáticas.

La Biblia, en cambio, así como los etnólogos antiguos y los psicólogos modernos, invoca una razón mental: el pudor, por parte de los antiguos; la idea del tabú o de una influencia mágica, el deseo de gustar, por parte de los modernos.

Parece ser que en la actualidad todavía no se puede realizar una separación entre estas dos tendencias, por falta de bases suficientes y controladas. Si bien desde un centenar de años a esta parte los etnólogos han ido recogiendo numerosas y exactas observaciones sobre el papel del traje entre las actuales poblaciones de vida primitiva, los arqueólogos no han logrado reunir datos equivalentes sobre las agrupaciones humanas de los diversos períodos de la Prehistoria. En consecuencia, nos sentimos tentados a atribuir a este último grupo las mismas causas que a los primeros respecto al origen de su traje.

Quizá se llegue a otra solución menos marcada si tenemos en cuenta la evolución en el tiempo. ¿Por qué los primeros hombres, cuando se cubrieron para protegerse contra las inclemencias climatológicas, no podían estar en condiciones de asociar a este vestido rudimentario una idea de carácter mágico análoga a aquella que les hizo cubrir las paredes

de sus cavernas con pinturas y dibujos con el fin de que beneficiaran a la caza? Los pueblos primitivos que viven desnudos, ¿no experimentan el deseo de vestirse sólo en determinadas ocasiones?

En todo caso, es seguro que en su origen el traje debió responder a funciones que no eran la simple utilidad y sí fue, en especial, la de carácter mágico. Ello se debió a que el ser humano primitivo quiso proporcionarse mediante el traje unos atributos que le revistiesen de un poder tomado de otros seres, o

por lo menos proteger sus órganos genitales contra las influencias maléficas.

El traje satisfacía igualmente un deseo de representación. Revestirse de adornos identificaba a otro ser: animal, dios, héroe u hombre. Esta identificación, que es real en los pueblos primitivos, se vuelve mítica en los seres que han evolucionado: el teatro, cuyo origen se encuentra en las representaciones sagradas, es la expresión fundamental de este sentimiento. Todos sabemos que los niños se sienten



1. François Boucher,
La toilette, 1742.
Colección Thyssen-Bornemisza, Lugano.

2. *Tacuinum sanitatis*:
tienda de un sastre
italiano, finales del
siglo xiv. Biblioteca
Nacional de Francia,
París, ms. N.A.L.,
1673, folº 95.

impulsados a disfrazarse como medio de adaptación gradual al mundo que los rodea.

El traje responde además al deseo de inspirar temor o sumisión. Para el jefe es la búsqueda de atributos que expresen su poder; para el guerrero es obtener un elemento de superioridad que le favorecerá en la lucha cuerpo a cuerpo y hará de él un superhombre. Con el tiempo, el traje profesional o administrativo ha marcado a la vez la necesidad de distinguirse de los demás y la voluntad de manifestar una autoridad personal o delegada, a lo que tiene de tanto la toga del abogado como el uniforme de un agente de policía.

Por el hecho de corresponder a cierto poder, el traje también ha servido para expresar riqueza: como quiera que el poder y la riqueza se confunden con frecuencia, ha servido entonces para indicar la casta y la fortuna. En este aspecto, la indumentaria sufre la influencia de las fluctuaciones políticas: el desafío revolucionario de los descamisados de 1789, la sencillez afectada de los dirigentes de los regímenes totalitarios, la uniformidad proletaria de las telas de algodón azules de los chinos de Mao Tse Tung...



4



3



5

El uniforme militar, que se deriva del mismo sentimiento, procede también del deseo de causar temor, de proteger el cuerpo o de pertenecer a un grupo. En el extremo opuesto de esta elección se encuentra la obligación de una indumentaria impuesta por la fuerza, la de los presidiarios, por ejemplo.

Al contrario de una opinión bastante extendida, el traje no ha representado hasta muy tarde el deseo de gustar en los pueblos primitivos. El vestido sólo ha ido constituyéndose muy poco a poco en un medio de seducción, con el que realzar las ventajas físicas reales o artificiales. Todavía hoy, la mujer a la que sus obligaciones inducen a llevar durante el día un vestido de uso práctico y sencillo, "se viste" para la tarde o la noche con una indumentaria por lo general vistosa y adornada.

Finalmente, el traje posee un significado religioso en el que intervienen diversos elementos: la manifestación de una "distinción" de esencia divina, la necesidad de su representación en la tierra, el aumento de la autoridad. Algunas veces este signifi-



cado religioso lleva consigo una coacción inspirada por la preocupación del respeto, al contrario de lo que se admite generalmente. En los pueblos primitivos conversos, el traje origina con frecuencia el sentimiento del pudor, mientras que éste no es causa del uso del traje.

¿Cuándo y cómo aparecieron estas diversas funciones del traje? Es muy probable que en el curso del tiempo siguieran la evolución de las civilizaciones, evolución que determinaba a su vez la del traje, con la reserva de que el ritmo de la evolución de este último ha latido en tiempos diferentes de las primeras. La indumentaria de los cazadores y recolectores de la edad prehistórica sigue siendo la misma para los bosquimanos de África del Sur en la actualidad, mientras que la de los pastores y agricultores del período neolítico se ha prolongado en la civilización de La Tène, entre los celtas, en Irlanda y entre los vikingos sólo hasta la Edad Media.

En cuanto a la aparición de estas funciones del traje, sucedió en razón de los elementos esenciales

de estas civilizaciones, que sobrevinieron lentamente a través de un juego de fuerzas contrarias, unas de acción vanguardista, las otras de reacción o simplemente de estabilidad. Tengamos en cuenta que el carácter religioso y el inmovilismo de la civilización de la India, así como su clima, han sido los factores dominantes en la adopción que dicho país hizo —y sigue manteniendo— del traje drapeado. Por otra parte, en el dinamismo de la Europa occidental, en el movimiento de sus ideas y creencias, en sus cambios, en el desarrollo de su economía general, podrían encontrarse las causas de la evolución rápida y diversificada de su traje.

LA EVOLUCIÓN

El estudio del traje y de su evolución no puede apoyarse en datos aislados. Si damos a la palabra "moda" el sentido estrecho de una serie de variaciones sometidas a la fantasía de sus creadores y a los caprichos de los usuarios, ello es debido al hecho de que se haya pasado por alto —por lo general, involuntaria-

mente— la naturaleza compleja de esta evolución, cuya única explicación responde a factores de formación e influencia muy diversos.

A través de diez milenios de historia, las múltiples creaciones del traje, separadas de todas las combinaciones complementarias, se reducen a cinco arquetipos: el traje drapeado, llamado también flotante, obtenido por el enrollamiento de una piel o una tela alrededor del cuerpo, que va desde el *shenti* egipcio y el *himation* griego al pareo de Tahiti; el traje encajado, hecho de una pieza (piel o todo el ancho del tejido), provisto de un agujero para pasar la cabeza y descansando sobre las espaldas, de cuyo tipo son la *paenula* romana, la *huque* (sobrevesta) de la Edad Media y el poncho de América; el traje cosido y cerrado, compuesto de varios anchos de tela ligera, con hechuras amoldadas al cuerpo y provisto de mangas, del que se derivan el *khiton* griego, la túnica jónica, la blusa árabe, la blusa y la camisa; el traje cosido y abierto, a base de anchos de tela juntados en sentido longitudinal, sobrepuerto a otras prendas de vestir y cruzado por delante, representado por el caftán turco o asiático, la *tulupa* rusa y la levita europea; y, finalmente, el traje-funda, ajustado al cuerpo y a los miembros, sobre todo a las piernas, que ha proporcionado el pantalón de montar a los nómadas, el traje-funda de los esquimales, pero que siempre ha sido un complemento del caftán. Tan sólo en los tiempos modernos se han podido obtener vestidos compuestos mediante la combinación de los citados arquetipos, los cuales no se han sucedido el uno al otro ni se encuentran superpuestos en el tiempo, pero que, teniendo su origen en diversas zonas del mundo y desde los tiempos más remotos, han sido asimilados por el hombre.

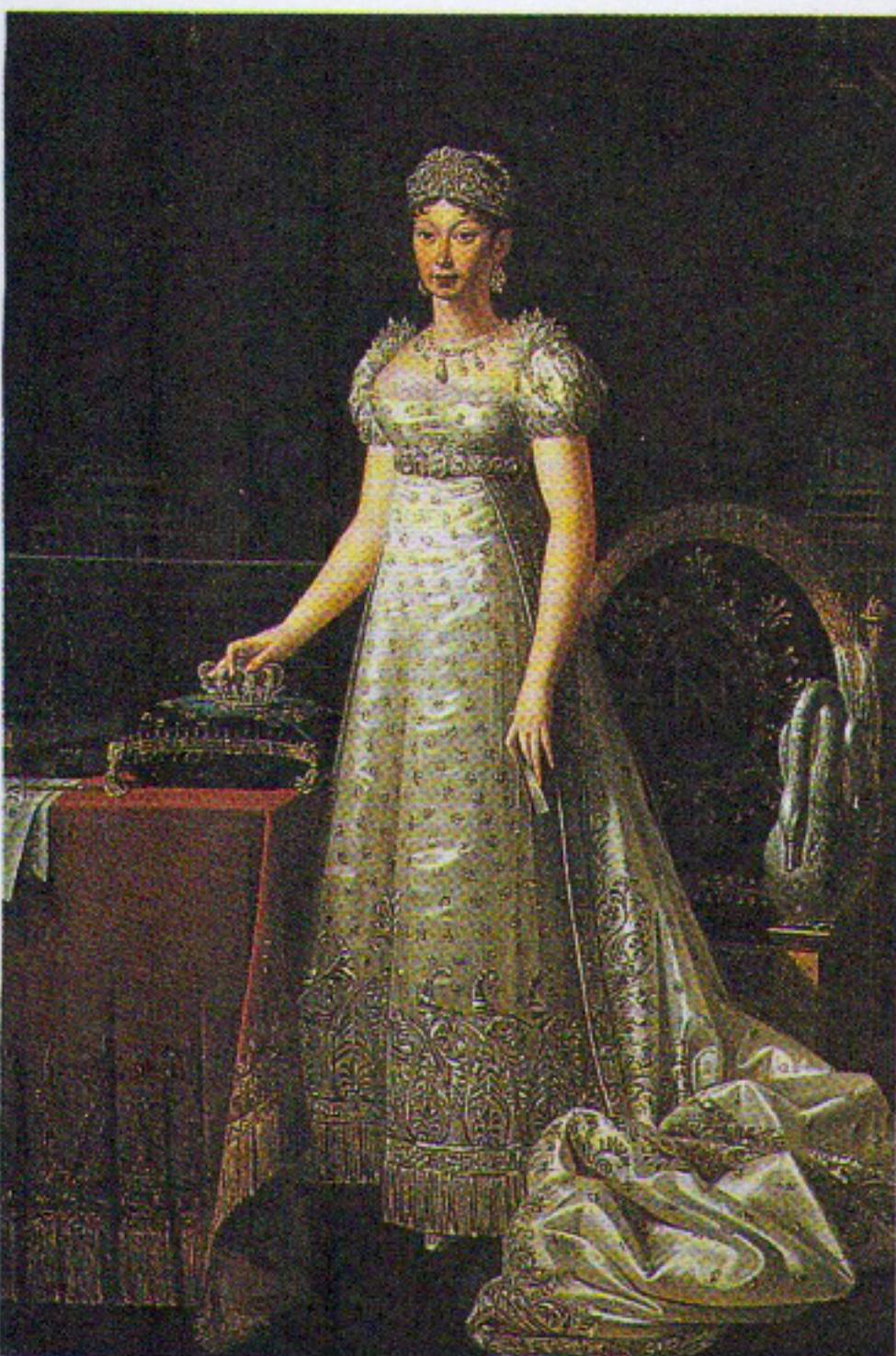
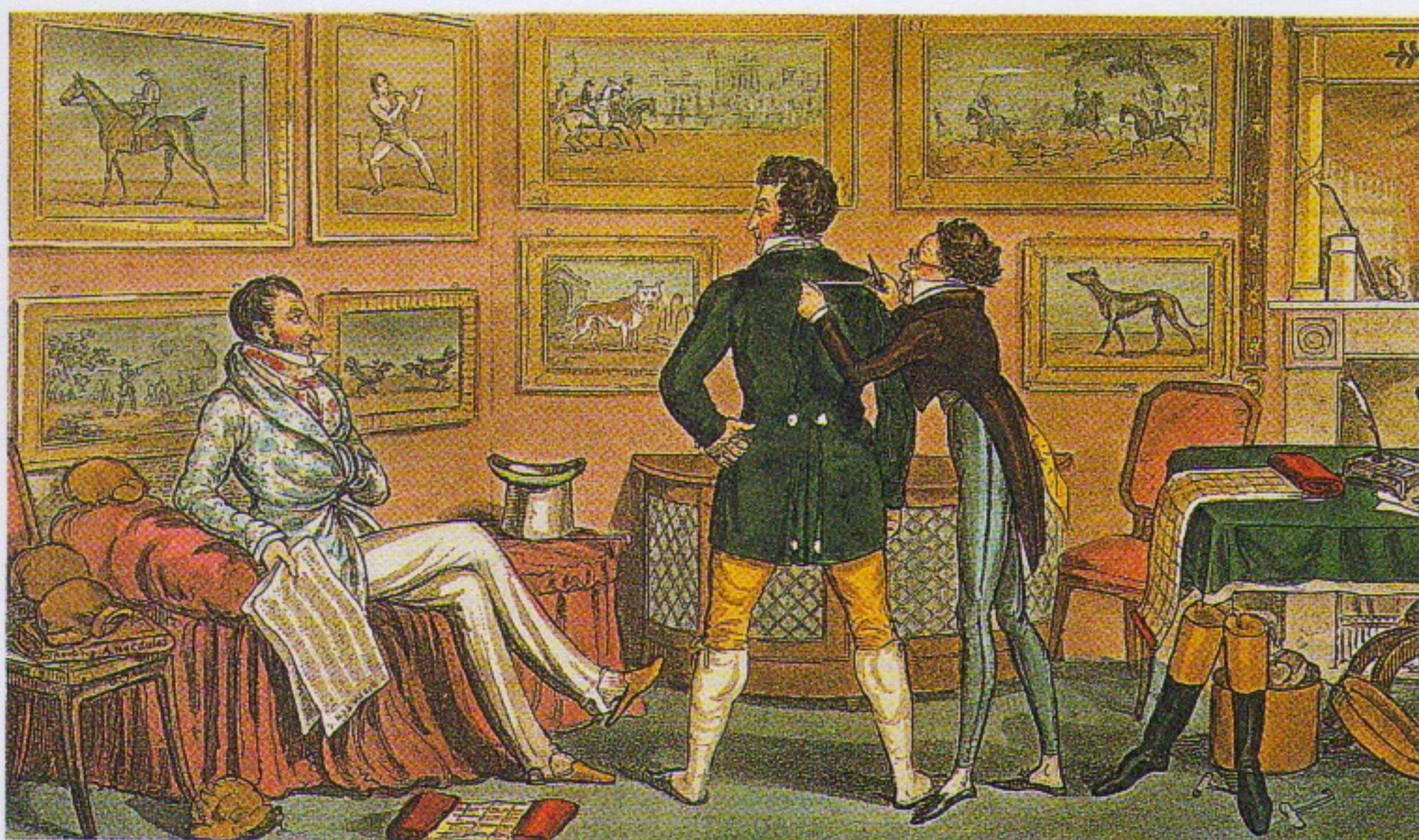
El clima, desde luego, ha determinado las diferencias fundamentales de los diversos tipos del traje. Los habitantes de las regiones frías han buscado en él una protección en su lucha contra los rigores de la temperatura, lo que ha sido para ellos tanto una obligación como un recurso. Los de las regiones tro-

3. Hermanos Limbourg,
Las muy ricas horas del duque de Berry: mes de enero, 1413-1416. Museo Condé, Chantilly.

4. Maestro Bertram,
La Virgen tricotando, fragmento del retablo de Bexterhude, finales del siglo XIV. Kunsthalle, Hamburgo.

5. Margarita de Lorena,
esposa del duque de Joyeuse, hacia 1580. Colección Gaignières. Biblioteca Nacional de Francia, París.

6. Regimiento de la guardia francesa, estandarte y guardia, 1697.



7. George Cruikshank,
*El sastre en casa de su
cliente*, hacia 1825.

8. Robert Le Fèvre,
La emperatriz María Luisa,
1812. Colección particular,
París.

9. *Journal des tailleur*s,
el elegante, octubre, 1853.



picales le han dado una importancia proporcional al menor esfuerzo impuesto por el agobio del calor. En cuanto a los pueblos de los climas templados, al no tener que considerarlo superfluo ni indispensable, han podido consagrarse todas sus atenciones de estilización.

En todo caso, la evolución del traje está ligada a fenómenos paralelos de cada época, donde las "dominantes" difieren tanto en el tiempo como en el espacio. Este examen prueba que no son la raza, el tipo étnico, ni el régimen político los que, por separado, determinan las diferencias del traje, sino más bien que dependen de la naturaleza de la civilización y género de vida.

En Asia encontramos una ilustración de este dato: el traje drapeado y el traje encajado son llevados tanto por los blancos (los habitantes de Asia Menor o los árabes), como por los pueblos de raza amarilla (indonesios), así como por los negros (melanesios y negritos); el traje cosido lo llevan los blancos (armenos, indo-afganos y turcomanos), mientras que el traje ajustado se encuentra entre los pueblos de raza amarilla (mongoles, chinos y paleosiberianos). Como la economía ha determinado con mucha frecuencia las orientaciones de la civilización, el estudio del traje no puede dejar de analizar sus efectos.

Durante la Antigüedad y hasta el fin de la Edad Media, la inestabilidad de las masas humanas influyó desde luego en gran



de una dependencia cada vez más estrecha de la organización política y comercial de dicha época, se separa de cualquier resto de espíritu religioso. Cada nación forma el estilo de su traje, pero cada individuo lo adapta a sus gustos personales. Podemos establecer, pues, en el siglo XIV la fecha de la creación del traje "civil". En cuanto a la tercera fase, que se inició a mediados del siglo XIX con el desarrollo de la civilización moderna y se prolonga hasta nuestros días, está caracterizada por la aparición de un traje cada vez menos personal y más internacional, bajo la doble influencia del maquinismo generador de la "confección" y del expansionismo europeo en el mundo. Como contrapeso a esta tendencia, la alta costura, que nació igualmente a mediados del siglo pasado, une la posibilidad de mantener un traje "personal" y los imperativos de una "moda" cada vez más cambiante con el privilegio de una clase en la que el sentido del lujo tradicional y el poder del dinero dominan las diferencias sociales.

Esta sucesión de predominios —primero el de las influencias religiosas y místicas, luego el de los esfuerzos para salvar las distancias espirituales y sociales, y finalmente el de las concentraciones de intereses económicos— debe constituir, con su exposición, el armazón de todo estudio histórico del traje. Ella es la que ha determinado la estructura misma de la presente obra.

manera en el traje, a causa de las guerras y los desplazamientos provocados por dicha inestabilidad. La extensión del Imperio romano y las invasiones dóricas, por ejemplo, impusieron a los vencidos las modas y las costumbres de los vencedores. La avalancha de los nómadas de las estepas hacia el Occidente europeo y el periplo de las cruzadas desde el siglo XI al XIII nos proporcionan ejemplos también típicos.

A través de las fluctuaciones generales de las civilizaciones, la evolución del traje nunca ha dejado de depender de un hecho predominante: la acción humana. En los diversos estadios de su desarrollo, el hombre fue obligado a aportar a su indumentaria los cambios que requería su adaptación a los progresos que habían sobrevenido alrededor de él. Si quisieramos simplificar hasta el máximo la evolución del traje, la dividiríamos en tres grandes fases.

La primera de ellas se extiende desde la antigüedad más remota hasta el siglo XIV. En la mayoría de las civilizaciones, y a pesar de su diversidad, la indumentaria sufre entonces pocos cambios. No existe ningún carácter nacional definido y en cada clase social permanece uniforme. Frecuentemente es larga, amplia y drapeada. A través de sus diversos tipos refleja un resto de las funciones mágicas y religiosas que la acompañan desde sus orígenes más lejanos. La segunda fase se sitúa entre el siglo XIV, cuando el traje, en su conjunto, se vuelve corto y ajustado, y el período del gran desarrollo industrial del siglo XIX. La indumentaria adquiere entonces un carácter a la vez personal y nacional; empieza a sufrir variaciones frecuentes en las que se debe reconocer la aparición nueva de la "moda" en el sentido moderno del término. Dentro

10. Art, Goût, Beauté, 1930: sombrero casco.

11. Pierre Cardin, 1966. Fotografía Yoshi Takata.

